

CAPITULO II

XXVIII

Después de beber un trago del *rosoglio* de mi cantimplora, tomó el viejo la narración en el punto en que la viuda la había interrumpido.

— Cuando Jerónimo volvió de Luca á la cabaña ya bien entrada la noche, nos refirió « que los forasteros habian estado con él muy atentos y amables durante el camino, que se habian detenido en todas las ventas de las pueblos por donde habían pasado para refrigerarse con un vaso de vino, un racimo de uvas ó un trozo de *cacia-cavallo* (especie de queso); y que en todas partes le habían obligado á sentarse con ellos á la mesa y á beber como un hombre, hasta que se le fuese la cabeza y desatase la lengua, como para hacerle charlar acerca de Fior d'Aliza, su prima; de su tia Lena; del ciego y de toda la familia.

• El mismo capitán de esbirros, algo chispo, no cesaba de pensar, según nos dijo, en la belleza de Fior d'Aliza al salir con los cabellos sueltos de la gruta de las cabras, enjugándose los pies en la hierba y los brazos en la lana de los corderitos que acababa de lavar. « Aun tenemos una ó dos primaveras por delante, » decia en baja voz.

XXIX

• Uno de los peregrinos, un viejecillo, chiquitín, delgado y vestido de negro con una casaca raída y un pañuelo no muy blanco alrededor del cuello, y que tenía una pluma detrás de la oreja, le escuchaba, y aprobaba cuanto decia con sonrisa picaresca.

— Signor Bartholomeo del Calamayo, le decia al oído el Capitán medio borracho; ó es usted mi amigo ó no lo es.

— Su amigo para todo, le contestó el viejecillo. Mande usted, que nada hay que no consiga con mi pluma, como usted con su espadín.

— No será cosa de espadín, sino de pluma, replicaba el esbirro, pasándole el brazo por el cuello, y estrechándole contra su pecho. Jure usted que me servirá para descoser de un tajo de

cortaplumas los esponsales entre esos muchachos que no saben siquiera lo que esa palabra significa.

» He despreciado el matrimonio toda mi vida, y he llegado á cuarenta años sin que mi corazón haya latido con una pulsación más á la vista de una mujer, viuda ó doncella, *contadina* de lugar ó dama de ciudad; pero la vejez se acerca, soy libre y soy rico. Cada cual á su hora tiene que hacer algún punto final. Una hermosa niña en la casa es una gloria para el hombre: pronto estará madura y yo estoy aun bastante verde. Á San Stéphano debo el haber cambiado de idea. Iba allí á buscar á Dios y he encontrado al diablo en figura de ángel. Con que, Bartholomeo del Calamayo, hay que arreglarme esto con un rasgo de vuestra pluma: bien veo que será difícil, si esos muchachos se aman ya, pero usted sabe más que ellos, astuto *paglietta* (embrollón). Invénteme una buena trampa para coger á esa montaraz cabrita. Nada tema, compadre Bartholomeo; si necesita dinero no le faltará, ni crédito tampoco; soy amigo del camarero del Duque: los jueces de Luca no pueden ejecutar una sola de sus sentencias sin mí; el jefe de policía del ducado está casado con la hija de mi hermana; todos los esbirros de la campiña están á mis

órdenes; yo soy el que guarda la caza del soberano contra los cazadores furtivos; en todas partes, lo mismo arriba que abajo, me aman y me temen, como un gran inquisidor de los bosques del ducado. Entre nosotros dos, usted perro de caza y yo cazador, ¿no traeremos á casa esa paloma de rosados pies?

» Estúpidamente se reía Bartholomeo de las chanzonetas dichas á media voz por su amigo el esbirro: los otros llenaban y vaciaban sus vasos conmigo. Á las puertas de Luca, después de desearles *felicissima notte*, los dejé encaminarse dando traspiés cada cual en busca de la suya. »

XXX

Poco caso hicimos unos y otros de los propósitos de los bebedores, ni en esos proyectos del domingo que el lunes disipa, y continuamos viviendo en paz y alegría hasta después del invierno.

En la primavera, Fior d'Aliza, que cumplía sus trece años y había crecido hasta tener la estatura de su tía, principió á temer alejarse sola de la casa para ir á escardar el maíz ó coger hojas de moral. Con frecuencia encontraba

desconocidos en el sendero del convento, junto á la gruta, en el lindero del bosque de laureles, y á veces hasta debajo del castaño, que aparentaban descansar bajo la sombra al subir al convento, ó al cazar en la montaña.

El capitán de esbirros procuraba de vez en cuando acercarse á ella en el umbral de la casa, y la dirigía requiebros que le hacían ruborizarse y huir. Tenía miedo sin saber de qué; los ojos de aquel hombre no le agradaban, y cuanto más tiernos procuraba ponerlos, más la asustaban. Decía á su tía ó á su primo que no la dejaran nunca sola con él.

Al notar esto el capitán de esbirros, pasó algún tiempo sin andar por la montaña, pero un día que mi hermana estaba sola en la casa, porque yo había acompañado á Jerónimo y á Fior d'Aliza al arroyo para esquilas las ovejas y lavar con ellos los vellones, entró en la cabaña un individuo seco, delgado y vestido de negro como un alguacil, y saludando á mi cuñada le presentó un papel sellado.

No sabe ella leer y rogó al forastero que pusiera el papel sobre la mesa, diciéndole que al día siguiente haríamos que nos lo leyese el monje camaldulense, que pasaba dos veces á la semana para llevar los víveres al convento.

— No hay necesidad de ello, dijo el curial: llame usted á su hijo, hermano y sobrina que no están lejos de aquí, y yo mismo leeré la citación.

Todos subimos sorprendidos. Jerónimo reconoció en aquel hombre, pero no se dió el muchacho parentendido, á Bartholomeo del Calamayo, el amigo del capitán de esbirros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERTZ"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

XXXI

— ¿Es usted, dijo el curial, Antonio Zampognari, hijo de Nicolás Zampognari y de Anunciata Garafola?

— Sí, señor, le contesté.

— Y usted, dijo á mi hermana, ¿es Magdalena Zampognari, hija de Francisca Bardi y de Domingo Cortaldo, de la aldea de Bel-Sguardo en la llanura?

— Sí, señor, le respondió.

— Pues bien, prosiguió con acento tranquilo como si nos diese los buenos días, aquí traigo una citación de los hijos y herederos de Francisca Bardi y Domingo Cortaldo, representantes legítimos de la rama primogénita de los Zampognari, que reclaman en virtud de un juicio en forma la partición de la casa, aguas, bosques y campos

30402

del patrimonio de los Zampognari, sus antepasados, de lo que corresponde sólo á ustedes la cuarta parte, puesto que usted, Antonio Zampognari, y usted, Magdalena Bardi, como esposa de Félix Zampognari, no representan sino la cuarta parte de la sucesión total, consistente en los terrenos habitados y cultivados por vosotros. Por consiguiente tengo orden del tribunal superior de Luca de proceder á la partición y de entregar las tres cuartas partes á los herederos Bardi di Bonvisi, legítimos propietarios, reservándoles su derecho para reclamar, cuando lo estimen conveniente, su parte de productos injustamente retenida por ustedes y por sus ascendientes desde el año de 1694.

XXXII

Si las paredes de la casa y el castaño que la cubre se hubiesen desplomado de repente sobre nuestras cabezas, nos hubiera impresionado menos que la lectura de aquella intimación para entregar las tres cuartas partes de nuestro patrimonio. Fué como si nos hubiesen pedido las tres cuartas partes de nuestra vida á todos cuatro.

— ¿Qué tienen ustedes que decir? nos preguntó friamente el curial con la pluma en la mano y el papel sobre la rodilla.

Mirámonos todos cuatro en silencio. ¿Qué podíamos responder, señor? Habíamos nacido allí como la higuera, la viña y las cabras, sin saber quién nos había sembrado. Nunca había habido de padres á hijos, de tíos á sobrinos en la familia, un título de propiedad, ni división, ni partición: creíamos que los bienes eran nuestros como la tierra es de las raíces del castaño que nos había visto nacer y dado sombra y alimento desde el primer día: la costumbre de vivir y morir allí era nuestro único título de propiedad.

Bajamos la cabeza y dijimos al curial que venía á privarnos de las tres cuartas partes de nuestros bienes:

— Puesto que los jueces de Luca, que tanto saben, lo dicen, así será. No queremos conservar bienes ajenos. Haga, pues, de nosotros lo que le parezca, divida el terreno y los animales, con tal que se nos dejen la cabaña y el castaño, cuyas raíces están por debajo y cuyas ramas caen sobre el techo de ella, un cabrito de los tres y mi pobre perro que los guarda y que me guía cuando subo á misa los domingos, y nuestros dos hijos que son muy

nuestros, puesto que nosotros los hemos alimentado y criado, y se aman mucho y nos ayudan como nosotros les hemos ayudado en su infancia. Viviremos con poco; pero continuaremos viviendo. Cúmplase lo que dice ese papel y sea lo que Dios quiera.

XXXIII

— Bien, dijo el curial, puesto que sólo apelar á Dios, mañana vendrán dos peritos para hacer la partición y deslindarán vuestra cuarta parte de las otras tres que corresponden en virtud del juicio á los *Bardi de Bel-Sguardo*. Olvidaba decir que por este otro documento, vuestros parientes los Bardi han vendido sus derechos á la herencia á *Gugliano Frederici*, capitán de los esbirros de la ciudad y del ducado de Luca; es persona excelente con la cual podriais arreglaros y que tal vez os dejara por caridad la elección de la parte del patrimonio que os convenga conservar, reservándose hacer valer sus derechos sobre los intereses acumulados desde que gozáis indebidamente de la totalidad de los rendimientos. Quién sabe si todo podrá arreglarse entre él y vosotros amigablemente: es poderoso y rico, y

con un poco de complacencia de vuestra parte, es probable que no se muestre muy exigente.

Luego nos entregó los dos papeles, nos saludó cortesmente, y tomó el camino de Luca.

XXXIV

Nos quedamos mudos y petrificados sobre el umbral, como las rocas que cuelgan al borde de la caverna.

— ¡Con tal que nos dejen el castaño, las siete higueras y las cepas, cuyos racimos, higos y castañas ponemos á secar para el invierno! dije yo á mi cuñada.

— ¡Con tal que nos dejen los cabritos y su madre, que yo he criado y que nos da la leche y los quesos con que nos alimentamos! dijo ella.

— ¡Con tal que nos dejen la fuente con el pilón á la sombra de la gruta, donde me miro en el agua al bañarme los pies y al hilar mi copo, como una Santa Catalina en un techo de iglesia, cuando guardo las ovejas que pastan á la orilla!

— ¡Con tal que nos dejen el perro de mi padre, para reemplazarme á su lado cuando sale tanteando el suelo con su palo por los alrededores de la casa, quedo contento! dijo Jerónimo. Iré

todos los veranos á ajustarme en las cuadrillas de segadores de la campiña de Sienna y tal vez de Roma; trabajaré como cuatro para vosotros cuatro; por la noche, mientras que los demás descansan tocaré la cornamusa para los peregrinos ó peregrinas de las santas del país, ó bien tocaré en los bailes en las bodas de los ricos labradores de la llanura de Terracina, y traeré bastante trigo ó bastantes bayocos para alimentaros y calentaros en el resto del año.

— ¡Hay acaso necesidad de separarnos para vivir bien? repuso Fior d'Aliza toda demudada según dice su madre, como si su corazón hubiese dejado de latir en el pecho. ¿Acaso la harina de castañas después que la he cernido, secado y amasado bien con la leche de cabras y la he cocido en tortas en la ceniza entre dos hojas de castaño, no es tan buena como el pan ó la *polenta* (cierta poleada de harina de maíz)? ¿Por ventura la madera seca en el bosque de laureles, no pertenece al que la recoge como la espiga olvidada á la espigadora? No tendremos necesidad de que Jerónimo vaya á coger la *mal'aria* (fiebre) en las aguas estancadas de la Maremma cuyas nieblas se ven desde aquí arrastrarse á la orilla del mar como humaredas del infierno, ¿no es cierto?

XXXV

— ¡Ah, tienes mucha razón! dijo mi cuñada á Fior d'Aliza; si mi pobre marido hubiera pensado como tú, no me vería sin apoyo en la tierra.

Lo mismo dije á Jerónimo y por la tarde nos consolamos lo mejor que pudimos yendo á visitar el uno su fuente, el otro sus plantas de maíz ya en mazorcas y principiando á dorarse, el otro sus cepas en flor que embalsamaban hasta la casa, el otro contando sus ovejas y sus cabras, yo tocando el pelo y las orejas tiesas de mi perro que me lamía el rostro y las manos, como si hubiera comprendido en no sé qué, que teníamos necesidad de ser consolados.

El uno decía: nos dejarán esto; el otro añadía: nos quitarán aquello. Fior d'Aliza cogía agua en su mano, limpia agua de la fuente, se lavaba el rostro, y besaba el agua que huía entre sus dedos sonrosados como si hubiese dicho adiós al marnantial.

Jerónimo, contemplando sus hermosos pies de maíz y midiendo su tamaño por su altura, decía: — Si me los quitan, ¿me devolverán las gotas de sudor que he derramado sobre sus raíces al

plantarlos en esto suelo tan duro y pedregoso?

— Y nuestras ardillas de primavera, y nuestras cornejas de invierno, y nuestras golondrinas de verano, y nuestras palomas y nuestros ruiseñores del bosque de laureles y el castaño, ¿nos los quitarán también y se dejarán ellos repartir como lo demás entre el esbirro y nosotros? decía mi cuñada. Al pronunciar estas palabras, quería sonreirse, pero tenía como lágrimas en la voz, como una gota de agua en el cuello de una calabaza que no puede ni permanecer ni correr en el agujero del gollete.

También yo estaba bastante triste, pero pensaba y me decía : á lo menos no partirán mi cuñada, ni Fior d'Aliza, ni mi hijo, ni mi pobre perro. Quedándome esto ¿qué me importan algunos almudes más ó menos de tierra en la montaña? Siempre me dejarán bastante para cubrir mis huesos.

XXXVI

Al día siguiente vinieron los peritos con su tintero, piquetes y compases á la cabaña : nosotros no quisimos ni siquiera ver lo que hacían, porque nos destrozaba el corazón. El procurador, negro,

delgado y raído, á quien mi hijo Jerónimo había visto y oído al guiar á los peregrinos en el año anterior, con el capitán de los esbirros, venía acompañándolos. Mi cuñada y los muchachos me dijeron que aparentaba compadecerse de nuestra pena, disculpándose de representar en aquel acto á su amigo el capitán de los esbirros ; pero que á través de todo se adivinaba el aire triunfante del hombre que ha encontrado una buena idea y se regocija interiormente de ella.

— No se disgusten, decía á mi cuñada, á Fior d'Aliza y á Jerónimo : el Capitán tiene buen corazón : no quiere sino lo justo y no llevará las cosas al extremo. Me ha encargado que no os apure : ¿quién sabe si todo lo que vamos á tomaros podrá volver á vosotros si sois complacientes y de buen sentido? Él es soltero y rico, algún día querrá casarse y tenéis una hermosa niña que podrá agradarle. ¡ Vaya, vaya ! añadió pasando su mano manchada de tinta por la barba de Fior d'Aliza que lloraba : ¡ cómo ha crecido y madurado y embellecido la cabrita del castaño ! Aquí tienen ustedes buen abogado en germen, que podrá traerles más de lo que ahora le quitan. El Capitán tiene honradas intenciones. ¿ No os gustaría, hermosa niña, cambiar esa saya de paño burdo y esas sandalias que sujetan vuestras pier-

nas desnudas, por ricos vestidos de seda y zapatos finos de hebillas relucientes como el agua de esa cascada, y llegar á ser una de las damas más consideradas del ducado de Luca, donde hay tantas que parecen duquesas?

El viejecillo quiso besarla en la frente, pero Fior d'Aliza retrocedió como si hubiese visto el dardo de una serpiente entre la hierba.

— Nunca seré sino la hija de mi madre, la hermana ó la mujer de Jerónimo, dijo ella entre dientes y corrió hacia su primo que nada de lo dicho por el viejo había oído.

Jerónimo llevaba los piquetes y cadenas de los comisionados, como llevaba San Lorenzo el instrumento de su suplicio.

Mi cuñada volvió triste y pensativa á la casa donde me refirió las maneras y las expresiones del procurador, y principiamos á sospechar algo de lo que se tramaba.

XXXVII

Dos horas después había concluido todo : los peritos regresaron con Jerónimo, más pálido, según dicen, que un muerto, y nos leyeron un acta de partición y deslinde por la cual se nos

privaba de toda posesión y goce de las tres cuartas partes de los bienes paternos. En esa segregación se hallaban comprendidos el sembrado de maíz de donde sacábamos nuestro mejor y más seguro alimento, el bosque de laureles que caldeaba el horno, el plantío de moreras que nos daba la hoja para los gusanos de seda (una onza de seda, con la que comprábamos la sal y el aceite para todo el año), por último, la pradera con la gruta, el manantial y la fuente donde Fior d'Aliza lavaba los corderos y donde pastaban las ovejas y los cabritos. ¡Ay! ¿qué nos quedaba, exceptuando la roca y las malezas alrededor de la casa y la viña que se extiende sobre la cuesta pedregosa que baja desde el terrado al mediodía hacia el prado de la gruta?

— ¿La viña misma?

— No, señor; el terreno en que nuestros padres la habían plantado y las añejas cepas, no nos quedaban en propiedad; únicamente nos pertenecían los viejos pámpanos que salían del terreno cercado de piedras grises, que habían trepado de roca en roca hasta la casa y que formaban un emparrado delante de la ventana y una red en torno de las paredes de la cabaña y hasta el techo, igualmente que los racimos que las ramas podían dar en otoño : esto era bastante para

nuestra bebida, porque los chicos y mi cuñada no beben sino agua y yo sólo bebo un poco de vino en los días de fiesta.

— ¿Pero que les quedaba entonces? pregunté al anciano ciego.

— ¡Ay, señor! nos quedaba el castaño que nos venía alimentando de generación en generación y el vasto espacio de hierba fina y de musgo que se extiende bajo su sombra y sobre sus raíces... es decir, continuó el anciano interrumpiéndose, el castaño, principal fuente de los productos de la hacienda de los Zampognari, había sido dividido en cuatro partes por los agrimensores: el tronco del árbol con todas las ramas que miran al norte, al poniente y al oriente pertenecía al esbirro que representaba á nuestros antiguos parientes: él podía hacer de ellas lo que le conviniese y hasta cortarlo en parte si lo creía perjudicial; pero todos los frutos que cayesen ó hiciésemos caer de las grandes ramas que miran al mediodía y que se extienden como brazos sobre el musgo, sobre el patio y sobre el techo de la casa, eran nuestros. Todavía con eso teníamos lo bastante, pues tal es su tamaño y fertilidad, que bastaría para alimentarnos casi todo el año con tal que á los propietarios del suelo y del tronco del árbol no les ocurriese el

capricho de cortarlo. Pero no había que temerlo, porque las tres cuartas partes de los frutos les daban un año con otro sesenta sacos de hermosas castañas: cortándolo, habrían arruinado su propia hacienda.

XXXVIII

Contentámonos, pues, con tal partición. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Dios es dueño de abrir ó cerrar su mano á las criaturas. Se nos dejaba también el rebaño, compuesto de cinco ovejas, tres cabras con sus cabritos y el perro que veis ahí y que parece escuchar su propia historia en la nuestra. Cuando Jerónimo era niño, le puso *Zampogna* porque le gustaba la música como á un *pifferaro* (tocador de cornamusa), y siempre que le queríamos hacer volver con los cabritos del prado en donde guardaba al ganado, no teníamos más que tocar un aire en la *zampogna* (cornamusa ó gaita) junto á la puerta.

Teníamos además el derecho de hacer pastar los cinco carneros y las tres cabras en todos los terrenos no cultivados y en el bosque de laureles, con tal de que los animales no tocasen ni á las moreras, ni al maíz, ni á la viña, ni á la hierba

del prado en el barranco del manantial; podíamos también hacer una senda á través del prado, é ir por agua para nosotros y para los animales á la fuente de la gruta; pero nos estaba prohibido enturbiar el agua de la pila lavando en ella los vellones: la hermosa arca de agua clara en que Fior d'Aliza se complacía tanto en mirarse á través de las ramas de sauce, no debía reflejar ya sino las estrellas del cielo. Ella era, no obstante, nuestra estrella, y el manantial pareció oscurecerse desde que la niña no se miraba ya en él al lado de su primo.

XXXIX

He aquí, señor, como se hizo todo por la voluntad de los jueces de Luca. Aquellos hombres se fueron alegremente por la tarde, luego que acabaron su operación, y nosotros nos quedamos, sin hablar palabra hasta ya bien entrada la noche, en el umbral de nuestra puerta. Cada cual decía para sí: « Y ahora, ¿qué haremos? » Fior d'Aliza pensaba en su prado todo esmaltado de estrellitas, de campanillas y de toda especie de flores silvestres con las que no haría ya coronas para la Madona, ni las traería tampoco en brazos

embalsamados al establo del ganado; Jerónimo, en sus hermosas mazorcas de maíz barbudas y doradas que iban á ser cogidas por otros y para otros; Magdalena, en sus gusanos de seda, que iban á morir por falta de hojas de morera y cuyos capullos blancos y amarillos no hilaría ya en su rueca en las noches de invierno para llenar de sal el arca de nogal.

Yo pensaba en los sacos de castañas que los colectores de la llanura vendrían á llenar en mi presencia en el mes de setiembre y se llevarían á Luca, sin cuidarse de si nos darían bastantes para vivir las cinco ramas que nos habían dejado.

Pensaba también en esa pobre viña vieja que con tanto trabajo cultivaron nuestros padres y nuestras madres, en esas cepas que reconocidas como si tuvieran corazones humanos, trepaban de tan lejos para abrazar la puerta, la ventana y el techo con sus pámpanos cargados de racimos. ¡ Pobres cepas, cuyas raíces no eran ya nuestras y todavía sus hojas, su sombra y sus racimos nos prestaban servicio desde allá abajo!

En cuanto á las siete higueras, nos quedaban todas siete como árboles domésticos: no habían podido despojarnos de ellas porque sus raíces estaban debajo las paredes de la casa: daban una buena cosecha, que no era de despreciar en